

VICENTE G. OLAYA

LA COSTURERA
QUE ENCONTRÓ
UN TESORO
CUANDO FUE
A HACER PIS

Y OTRAS HISTORIAS
DE LA ARQUEOLOGÍA
EN ESPAÑA



VICENTE G. OLAYA

LA COSTURERA QUE ENCONTRÓ
UN TESORO CUANDO IBA A HACER PIS
Y OTRAS HISTORIAS
DE LA ARQUEOLOGÍA ESPAÑOLA



ESPASA

ESPASA  NARRATIVA

© Vicente González Olaya, 2021
© Editorial Planeta, S. A., 2021
Espasa Libros, sello editorial
de Editorial Planeta, S.A.

Iconografía: Grupo Planeta

P. 1 del encarte fotográfico, a) Manuel H. de León/EFE; b) Europa Press/Contacto. P. 2 a) ABC; b) www.dolmendesoto.org/. P. 3 a) El Parque Arqueológico Tolmo de Minateda; b) Universidad de Alicante. P. 4 a) EFE; b) ©Marcel G. Lefrancq; c) Foto cortesía de la exposición *Schulten y el descubrimiento de Numantia* | Museo Arqueológico Regional de la Comunidad de Madrid, © Ullstein Bild / Getty Images; d) © Archivo A. García y Bellido; n.º. inv. 34.728 / EFE. P. 5 a) ABC; b) © Akg-Images / Album. P. 6 a) Hermes Pato/EFE; b) Diego Martínez. P. 7 a) © Alfred Abad/AGE; b) 23B_F01-Ullastret-Google-earth-2018-09-14-1, © Patrimoni GenCat. P. 8 a) ABC; b) cardinaliablog.wordpress.com/2017/09/14/ciudades-perdidas-ciudades-recobradas-xi-ciudad-de-lancia-leon/ P. 9 a) y b) AESA. P. 10 a) Santi Burgos/El País; b) Foto inédita propiedad Legado de D. Tomás Calleja Guijarro/AURA. P. 11 a) Turismo Castilla La Mancha; b) Vidal /EFE/lafototeca. P. 12 a) AFP/ Contacto; b) Europa Press / Contacto. P. 13 a) © Archivo municipal de Burgos; b) Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha. Consejería de Educación Cultura y Deportes. P. 14 a) J. L. Pino /EFE; b) Album. P. 15 a) b) y c) © DDC. P. 16 a) Juan Carlos Hidalgo/EFE; b) El País.

Preimpresión: MT Color & Diseño, S. L.

Depósito legal: B. 21.660-2020
ISBN: 978-84-670-5883-3

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

www.espasa.com
www.planetadelibros.com

Impreso en España/Printed in Spain
Impresión: Rodesa, S. A.

Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

CAPÍTULO 1

CERRO DE LOS BATALLONES: EL GATO QUE SALVÓ AL TIGRE DE DIENTES DE SABLE

La culpa de que el directivo de la mina no durmiese aquella noche del 8 de julio de 1991 fue de los gatos y de su inveterada costumbre de hacer sus necesidades siempre en el mismo lugar. Estos pequeños felinos poseen unas características higiénicas muy definidas. Comienzan lamiéndose las patas delanteras, luego siguen con los laterales y las traseras y, finalmente, acaban limpiando su cola. Además, eligen siempre un lugar pulcro, pero marcado ya con sus feromonas, para miccionar y dejar claro a posibles competidores que esa parte del territorio ya está ocupada. Así que si el dueño del animal pone a disposición del minino una plataforma seca y aseada, este terminará haciendo sus cositas en el mismo sitio día tras día. Más o menos de esta manera nació la idea de crear las llamadas camas de gato y, en consecuencia, el insomnio del ejecutivo.

El problema de las primeras camas estribaba en hallar un material absorbente que evitase que los efluvios de los orines se extendieran por los hogares. La solución se encontró en un mineral poroso, del grupo de los fosilicatos, llamado sepiolita o espuma de mar: atrapa cualquier líquido que caiga sobre él y retiene los olores. La sepiolita po-

see, igualmente, otra cualidad menos hogareña: cualquier ser vivo que fallezca sobre ella, queda congelado en el tiempo.

Y eso exactamente era lo que impedía que el ejecutivo de la mina de Torrejón de Velasco, en Madrid, descansase: las perforaciones y excavaciones de la empresa para la que trabajaba, Tolsa, habían tocado en hueso. Literalmente. Las enormes taladradoras extraían la sepiolita mezclada con unos enormes elementos óseos que nadie sabía a qué correspondían.

Gigantescos fémures, descomunales quijadas, voluminosos cráneos de seres ignotos, afilados dientes de más de diez centímetros de longitud amalgamados con un mineral, entre verde y marrón claro, se esparcían a los pies de los operarios que manejaban las perforadoras. La pala excavadora hincaba a continuación sus fauces metálicas sobre aquellos restos y los vertía en los sucesivos camiones que esperaban su turno camino del vertedero de cerro Almodóvar, al sur de la capital.

—Nos comentan los jefes que serán huesos de burros o de cerdos de alguna granja abandonada hace tiempo. Que no nos preocupemos —dijo el trabajador que manejaba el ingenio perforador cuando el conductor del camión le preguntó por aquellas enormes osamentas que se distinguían en su volquete entre los montones de tierra que estaba a punto de transportar.

Pero aquellas explicaciones, que ya corrían entre los operarios de la mina, no calmaban la conciencia de uno de los directivos de la empresa. Sus superiores no le hacían caso cuando les explicaba que él pensaba que estaban destruyendo algo importante. Que se veía a primera vista.

Que miraran los huesos. Que por favor. Que eran descomunales. No, no podían ser de una vieja explotación agraria. Así que decidió telefonar a la central de la multinacional minera y les expuso sus dudas. La respuesta fue la misma: restos de animales de alguna alquería que habría por el lugar. Que no se preocupase, que no había duda. Colgó con ira.

Volvió entonces a observar las excavadoras a través de la cristalera de su oficina a pie de obra. Los camiones continuaban cargando el material que se extraía de la tierra arcillosa. Se aflojó el nudo de la corbata, se remangó, se calzó unas botas y se acercó al volcán de huesos. Se agachó, cogió el trozo que le pareció más extraño —una especie de quijada enorme con dientes puntiagudos— y se lo llevó bajo la chaqueta.

«¿Qué narices será esto? Pero de un burro o un cerdo, no», pensó.

Al acabar la jornada, volvió a la casa que compartía en el centro de Madrid con el periodista Javier González Pérez. El alquiler no cesaba de subir y las viviendas ya resultaban muy caras. La burbuja inmobiliaria de los noventa estallaría solo dos años más tarde. González era miembro de una banda de rock y volvía, casi siempre, muy tarde. Tras una noche de concierto, sobre las tres de la madrugada, se encontró a su insomne compañero de piso en la cocina.

—Pero ¿qué haces levantado a estas horas?

—No puedo dormir. Hemos dado con algo importante en la mina y lo estamos destruyendo. Estoy casi seguro. ¿Qué hago?

Varias horas y cafés después, acordaron llamar a un periodista de *El País* compañero de la universidad de Gonzá-

lez. Él sabría a quién consultar. Solo habría que entregarle aquel extraño trozo de mandíbula de puntiaguda dentadura y dejarle actuar.

El subdirector del Museo de Ciencias Naturales, Jorge Morales, era incapaz de resolver todos los expedientes que se le acumulaban sobre la mesa. La tradicional falta de presupuesto y de personal de las administraciones obligaba a los funcionarios a alargar sus jornadas si querían que los montones de documentos a los que se enfrentaban terminasen disminuyendo de altura. Por eso, Morales se encontraba en el despacho cuando sonó el teléfono que descansaba sobre la mesa. Un periodista, sin cita previa, se hallaba en la puerta y reclamaba verlo con urgencia, le informó el bedel. Morales miró la montaña de expedientes a la espera, le dolían los ojos, unos minutos de charla no le vendrían mal para descansar. Accedió a recibir al joven redactor y, sin saberlo, cambió la historia de la paleontología española para siempre.

Se sentaron frente a frente. Se saludaron y el paleobiólogo preguntó con sequedad:

—¿Y?

El reportero no respondió nada. Solo abrió la desgastada bolsa de El Corte Inglés que había dejado sobre la mesa para que el experto examinase aquel extraño trozo óseo que contenía. El subdirector abrió los ojos con sorpresa, tomó el hueso y lo acercó a sus gruesas gafas. Como oliéndolo. Como un ratón ante el queso dispuesto a morderlo. Comenzó a repasar lentamente con el dedo cada uno de los afilados dientes de aquella mandíbula. «Extraordinario», dejaron salir sus labios.

Miró al periodista fijamente.

—¿De dónde has sacado esto? ¿Sabes qué es?

—No.

—Por favor, dime quién te lo ha dado o llamo a la Guardia Civil. Esto no es una broma.

—Vale, vale. Pero me quedo con la exclusiva.

—De acuerdo. Has traído un trozo de mandíbula de Amphicyon.

—¿Y eso qué es?

—Una especie extinguida hace millones de años, algo parecido al cruce de un oso y un lobo. Casi no hay en el mundo.

A primeras horas de la mañana siguiente, el periodista se acercó al Museo de Ciencias Naturales. Dos todoterrenos le esperaban nerviosos en la puerta del edificio oficial. Todos los asientos de los vehículos estaban ocupados por paleontólogos, biólogos y el más diverso material de excavación. Arrancaron y un fuerte acelerón los encaminó directos a la mina cuando el último ocupante cerró la puerta.

Nadie se resistió ni dijo nada en la mina. Solo miradas serias entre los expertos del museo y los responsables de la explotación. Los vehículos ministeriales penetraron así, sin ninguna reticencia ni obstáculo, en la finca, atraídos por un hueco de unos quince metros cuadrados por dos de profundidad y que había sido originado por la maquinaria pesada empleada sobre el terreno. Los científicos salieron corriendo de los coches, se dejaron caer en la oquedad y comenzaron a arañar la tierra con el máximo cuidado. Como si estuviesen limpiando una cristalería. Unos minutos después todos se abrazaban, se emocionaban, gritaban y lloraban. «No puede ser, no puede ser. Mira esto. Joder. No me lo puedo creer...», alzaba la voz uno de ellos con un

hueso de más de medio metro en la mano. Saltaban y brincaban como niños, sin tener en cuenta los más de cuarenta y cinco grados que se sentían en el interior del hueco abierto por las excavadoras. Ni a cien grados hubiesen parado de botar.

En el catálogo *La colina de los tigres dientes de sable*, editado por el Museo Arqueológico Regional de Madrid y el Museo Nacional de Ciencias Naturales en 2017, Jorge Morales relata así sus recuerdos:

El que quiera leer la noticia del descubrimiento del yacimiento publicado por el periodista Vicente G. Olaya en *El País* del 12 de julio de 1991 se dará perfectamente cuenta de la situación emocional que nos encontramos en aquel, hoy lejano, momento. Cuando pensamos que, si nos hubiesen llamado en el momento del descubrimiento, en un par de días lo habríamos extraído todo. Sin embargo, veinticinco años más tarde, y después de un ingente esfuerzo de excavación, los yacimientos del cerro de los Batallones nos siguen descubriendo nuevos fósiles. En cada campaña nos sorprenden de nuevo, imposible acostumbrarse, nos lanzan el reto para que los investiguemos, para que no paremos, nos han atrapado en su trampa aquellas que, de forma no ficticia, hace nueve millones de años atraparon a buena parte de la biodiversidad que habitaba el sur de Madrid.

¿Pero qué habían descubierto estos expertos que tanto les emocionó bajo la tierra de Torrejón de Velasco? El yacimiento, según escribió Manuel J. Salesa, paleontólogo del Museo Nacional de Ciencias Naturales, en el catálogo de la exposición *Los yacimientos miocénicos del cerro de los Bata-*

llones, «corresponde al registro más completo del mundo para el conocimiento de los carnívoros del Mioceno superior, hace unos nueve millones de años. Ningún otro del mundo contiene tal diversidad de fósiles y en tan buen estado de conservación».

Un cuarto de siglo después del hallazgo, Batallones ha sido dividido en diez excavaciones diferentes, dada la extensión y el incontable material científico desenterrado —por encima de las diez mil piezas—, que incluye las osamentas de felinos como el tigre de dientes de sable, hienas, pandas, mofetas, nutrias, elefantes, comadrejas, jirafas, tejones, pandas rojos, caballos, tortugas...

Ejemplo de la magnitud es que solo en la primera campaña de 1991, que llamó la atención del Museo Nacional de Historia de París y del Instituto de Investigaciones Geológicas de Utrech, se desenterraron restos de un *Gomphotherium angustidens* —mastodonte—, dos *Hipparion primigenium* —caballos primitivos—, dos *Pseudaelurus* —panteras—, cinco *Paramachairodus* —felinos—, tres *Machairodus aphanistus* —tigres diente de sable—, dos *Amphicyon castellanus* —osos primitivos— y fragmentos de esqueletos de primitivos rinocerontes, jabalíes, tortugas gigantes, conejos y ratones.

Todos estos animales vivieron en el periodo denominado Vallenienense inferior, entre once y nueve millones de años, una de las épocas menos conocidas por los científicos y que coincide con un proceso de renovación de la fauna carnívora. De gran parte de estos animales solo se tenían datos de su dentición, ignorándose su morfología. Hasta Batallones. Una diversidad biológica no conocida en ninguna otra parte del planeta y concentrada en un reducido terreno a las afueras de un pueblo madrileño.

¿Pero por qué quedaron todos fosilizados en el mismo sitio? La fosilización es un proceso que supone el paso de la materia orgánica del mundo vivo a la corteza terrestre. Cuando los fósiles se acumulan de manera masiva pueden ser explotados como yacimientos minerales, en forma de pozos petrolíferos o minas de carbón. Sin embargo, si se produce un proceso de erosión sobre el terreno y se abren pequeños barrancos o cárcavas, en áreas de sepiolita o sílex, y los seres vivos caen en esos huecos naturales, sus restos pueden pervivir millones de años al ser cubiertos por otros sedimentos. Y eso fue exactamente lo que ocurrió en los Batallones, en diez lugares de la finca. Que se sepa de momento.

Cada una de las excavaciones emprendidas, además, cuenta una historia diferente del cúmulo de casualidades geológico-naturales que se concentraron en lo que hoy es la Comunidad de Madrid. El agua que se filtró durante millones de años sobre el cerro ocasionó una pléyade de grutas con forma de reloj de arena de casi diez metros de profundidad y tres de anchura. Poco a poco, fueron convirtiéndose en atractivas charcas para los animales de la zona. Primero llegaron los sedientos herbívoros, que se adentraban en las oquedades, donde quedaban atrapados y se convertían inmediatamente en indefensas presas para los carnívoros que, a su vez, también eran incapaces de volver a la superficie por la especial configuración de la trampa natural. Morían de inanición, hipotermia o agotamiento. Y así, un proceso de vida y muerte que se extendió millones de años hasta que la grava, la sepiolita, el sílice, las arcillas o el agua sellaron el yacimiento de carnívoros del Mioceno superior más importante del mundo.

Cada una de las especies halladas en la mina de Torrejón de Velasco ha provocado una extensa literatura científica imposible de resumir. Si bien entre todos los animales encontrados hay dos que llaman la atención a los visitantes de las diversas exposiciones que se han celebrado sobre el hallazgo en los últimos veinticinco años: el tigre de dientes de sable —los *Promegantereon ogygia*—, del tamaño de un leopardo, y el *Machairodus aphanistus*, con una planta semejante a un tigre actual y que podría alcanzar hasta los doscientos cuarenta kilos de peso. Ambos están considerados los hipercarnívoros por excelencia, y de los que se han desenterrado en Torrejón de Velasco casi un centenar de ejemplares.

Tanto sus esqueletos como su aspecto exterior han sido reconstruidos en dibujos, dioramas y maquetas, e impresionan. La principal diferencia de estos felinos con los actuales se encuentra en sus caninos superiores, que no solo alcanzaban mayor longitud, sino que además poseían forma cónica, lo que les confería mayor poder de penetración y resultaban mucho más cortantes. Esto les permitía provocar hemorragias masivas en sus presas y la muerte de forma más rápida que los leones, tigres y leopardos que sobreviven en nuestro mundo, que matan por presión o estrangulamiento.

El desarrollo descomunal de los caninos de estos hipercarnívoros provocaba, a su vez, modificaciones en el cráneo. La longitud de esta dentición obligaba a una apertura mayor de la mandíbula para poder morder a la víctima, lo que generaba cambios también en la estructura ósea del felino, incluidos el cuello y la columna vertebral. Y así, gracias a este espectacular descubrimiento, los científicos han

podido reconstruir a los bisabuelos de los actuales seres vivos que pueblan la Tierra. Para ello se ha empleado la llamada tomografía computerizada de rayos X de alta resolución. Esta técnica no destructiva permite la visualización, análisis y toma de medidas de cualquier estructura interna de los cráneos fósiles y pronto se reveló como una herramienta indispensable para reconstruir el aspecto exacto de estos ejemplares, algo casi imposible hasta la aparición, en los años ochenta del siglo pasado, de esta tecnología. Se ha logrado así reconstruir virtualmente órganos o tejidos blandos que no suelen preservarse en los fósiles, como el cerebro o el oído interno, con las implicaciones científicas que eso conlleva.

A finales de 2017, el número de especies vertebradas halladas se elevaba a sesenta y dos, de las que cuarenta y siete eran mamíferos. En los yacimientos Batallones 1 y 2, se desenterraron algunos restos de peces en buen estado de conservación, así como gasterópodos de agua dulce y cangrejos de río, que también terminaban sus días en las mortales lagunas.

Y allí quedaron reposando durante millones de años, hasta que un ejecutivo perdió las ganas de dormir porque tenía conciencia.